

El Josefino

Nº 72 Diciembre 2024
DISTRIBUCIÓN GRATUITA



SAN PEDRO
JULIÁN EYMARD
Y SAN JOSÉ
Pág. 12

EMINENTÍSIMA
SANTIDAD
DE SAN JOSÉ
Pág. 14

*"Hallé al amado de mi alma.
Lo abracé para no soltarlo".
(Cant.3, 4)*

SUMARIO



	Pág.
AL LECTOR	3
¡CELEBREMOS LAS GRANDEZAS DE SAN JOSÉ!	4
“SABER ESPERAR...”	6
SAN JOSÉ Y LA NAVIDAD: UNA HOMILÍA INÉDITA DEL PAPA BENEDICTO XVI	10
SAN PEDRO JULIÁN EYMARD Y SAN JOSÉ	12
EMINENTÍSIMA SANTIDAD DE SAN JOSÉ.	14

... Al lector...

Estimados Josefinos:

Dice San Pablo en la Carta a los Romanos que Abraham, “*en la esperanza, creyó contra toda esperanza. Y creyó contra toda esperanza que sería padre de muchos pueblos, y esto le valió la justificación...*” (Rm. 4,18).

La figura de Abraham se nos presenta como un preámbulo a San José, a ese gran Patriarca del Nuevo Testamento, a nuestro padre y señor San José. San José es grande por su fe; una fe sin condiciones, una fe que comporta una confianza completa en el Señor, un fiarse del todo.

Conocemos muy bien cómo era la actitud de San José ante fenómenos extraordinarios: el Nacimiento, después de haber preparado todo con gran cariño. De Nazaret tienen que irse a Belén, donde no encuentran sitio; más aún, tienen que ir corriendo de noche a Egipto, huyendo. Él, que había escuchado del Ángel que ese Niño era el que salvaría a su pueblo de los pecados. Sin embargo, no es capaz de “salvarse a sí mismo”, tiene que huir con una incertidumbre grande, porque no se le dice: “Vete a Egipto por un tiempo determinado”, sino: “*Vete allí hasta que yo te diga*”. Podrían ser meses, podrían ser años, podrían ser semanas... Es la disponibilidad ante lo que el Señor nos pide, cuando eso que nos pide comporta una duda especial, concretamente en lo imprevisible, cuando el futuro se pone un poco incontrolable. Pero ahí está la fe, la fe de fiarnos del Señor, como San José.

También nosotros en muchas ocasiones en nuestra vida encontraremos

momentos –probablemente no con un carácter tan extraordinario– en los que de alguna manera tenemos que poner en un primer plano el fiarnos del Señor. Y que nos fiemos del Señor a través de los medios por los que Él quiere hablarnos.

¡Fiarnos, fiarnos del Señor! ¡A fiarnos de todo lo que nos llega de su providencia, también cuando es así extraordinaria, para que sepamos obedecer; para que, sabiendo obedecer por amor, seamos libres!

San José es para nosotros también un modelo en “lo ordinario”, en la monotonía de la vida ordinaria. ¿Qué puede esperar de la vida un habitante de una aldea perdida, como era Nazaret? Sólo trabajo todos los días, siempre con el mismo esfuerzo. Y, al acabar la jornada, una casa pobre y pequeña para reponer las fuerzas y recomenzar al día siguiente la tarea.

Así es nuestra vida. Un día de trabajo y otro, sin particulares novedades. Pero, ¿qué podemos esperar?; ¿qué podía esperar San José? Dios añade a la vida santa de los que cumplen su Voluntad dimensiones insospechadas porque, lo importante, lo que da su valor a todo, es el estar inmersos en la Voluntad de Dios.

Porque Dios, a esa vida nuestra, aparentemente monótona, pone lo divino. Y, ¿qué es lo divino? Lo divino es Él mismo, lo divino es su Presencia, su Gracia.

La Redacción.

¡Celebremos las grandezas de San José!

iOh José! que los coros
celestiales
celebren tus
grandezas,
que los cantos
de todos los cristianos
hagan resonar tus
alabanzas.

Glorioso ya por tus méritos,
te uniste por una casta alianza
a la Augusta Virgen.

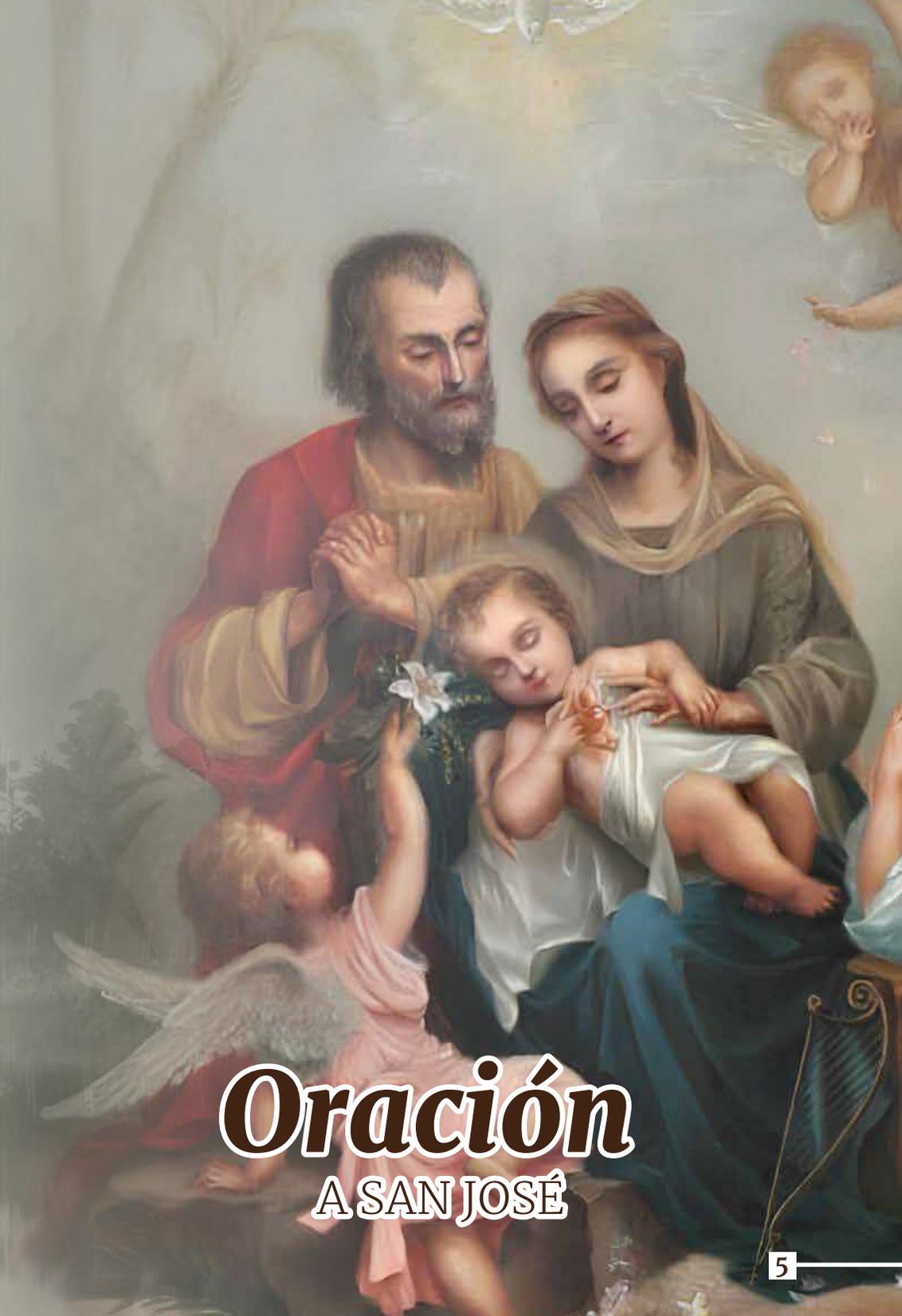
Cuando, dominado por el temor,
en tu humildad,
te asombras del estado
en que se halla tu Esposa,
un Ángel viene a decirte
que el Hijo que Ella ha concebido
es del Espíritu Santo.

El Señor ha nacido,
y le estrechas en tus brazos;
partes con Él hacia las lejanas
playas de Egipto;
después de haberle perdido
en Jerusalén,
le encuentras de nuevo;
así tus gozos van mezclados con
lágrimas.

Otros son glorificados
después de una santa muerte;
y los que han merecido
“la palma” son recibidos
en el seno de la gloria;
pero tú,
por un admirable destino,
semejante a los Santos,
y aún más dichoso,
disfrutas ya en esta vida
de la presencia de Dios.

¡Oh Trinidad Soberana!
oye nuestras peticiones,
concédenos el perdón;
que los méritos de San José
nos ayuden a subir al cielo,
para que nos sea dado
cantar para siempre
el cántico de acción
de gracias y de felicidad.

Amén.



Oración

A SAN JOSÉ

“Saber esperar...”

Meditación JOSEFINA

La acción de Dios, en nuestras almas, se desvanece porque... ¡no sabemos esperar!

¡Saber esperar!, qué arte más difícil en los caminos de Dios; sobre todo para los que quisieran hacerse santos en “una semana”.

¡No tengas tanta prisa! ¡Mira que te consumes en impacencias perjudiciales queriendo limpiar de defectos, el campo de tu alma, en dos días! ¿Y qué vas a hacer después? ¿cruzarte de brazos?... ¡Morirás en tu pereza!

Lo que faltan son almas que sigan a Jesús como San José: Belén primero, Egipto después –ignoraba los años de su destierro–... vuelta a Nazaret... treinta años esperando...

¡Qué sencillo es ir detrás de Jesús después de unos días de ejercicios espirituales, después de una misión, después de unos consuelos espirituales!... Pero qué pocas almas hay que sigan también al Señor en las largas noche de purificación e incer-

tidumbre bajo la obra de Dios que, poco a poco, lentamente, va acabando con mi propio “Yo”.

Vence el mal de hora en hora, con abundancia de bien.

¡Saber esperar! ¡Qué difícil es esto en la vida espiritual! Sobre todo hoy que el dinamismo moderno ha desatado nuestros nervios.

Hoy no se dice: “*esperad aquí velando, rezando...*” hoy se dice: “*corred, trabajad, que el tiempo es oro y el oro da poder y el poder permite gozar*”. Las almas tienen prisa. Y, como ven que adelantan poco, que no se nota su esfuerzo, no esperan, se desalientan y ¡se van!

San José no tenía prisa, se dejaba llevar de la Mano de Dios. ¡Qué a gusto se sentiría guiado por la Mano de Dios! No tenía prisa como no la tenía Dios, porque sabía que nada embota tanto la acción del Espíritu Santo en nuestros corazones como la impaciencia humana, como los nervios desatados, el atolondramiento. El efecto es que el alma se ausenta de

su castillo interior, llega el Espíritu Divino y..., como estamos “ausentes” de nosotros mismos, no nos puede sobrecoger con su fuego como a los Apóstoles.

Mira, lo entenderás mejor con un ejemplo práctico de la vida común: “Habías quedado de juntarte con aquella amistad a tal hora, en ese jardín; te arreglaste, saliste, recorriste el lugar convenido, no estaba tu amiga y, desilusionada, volviste diciendo: lo siento por ella... le traía un regalo en el día de su cumpleaños y ya no se lo podré entregar...”

¡Cuántas veces habrá tenido que exclamar el Señor, ensombrecido: “lo siento por ti, corazón disipado. Ya he venido varias veces y tú no supiste esperar. Como no conseguiste inmediatamente lo que pedías, te fuiste. No supiste esperar; para otra alma guardaré el regalo de mis mejores gracias”!

No tengas prisa, te diría San José. La vida es una alertada espera del Señor cuidando, vigilante, de que la lamparilla del amor arda inquieta con ansias de más. Sé paciente como las vírgenes prudentes del Evangelio y no hombre cobarde que abandona Getsemaní viendo a Jesús en la cruz.

Medítalo despacio, no tengas prisa. ¡Cuántas gracias has dejado escapar

por no saber esperar! Saber esperar es saber vivir.

En el lenguaje de Dios el verbo “esperar” se confunde con el verbo “lograr”. Pero muchos no saben esperar. Se le va el alma tras las cosas exteriores. No viven en el fondo de sí mismos.

“San José, ayúdame a que sepa esperar al Espíritu Divino; que no me deje llevar por las prisas del mundo, San José; que no me ausente del Cenáculo de mi interior, para que me sobrecoja el Señor con su gracia y su amor. Haz que permanezca allí, bien despierto en mi fe, en total adoración, entregado, sin reserva, a su acción creadora”

Saber esperar, San José, para que pueda decir:

***¡En ti, Señor, esperé;
no quedaré
para siempre
confundido!***



Una homilía inédita

del Papa

Benedicto XVI

Dl dominical alemán Weltam Sonntag, vinculado al diario alemán Die Welt, publicó la versión alemana de una de las homilías pronunciadas por el Papa Benedicto XVI durante las celebraciones dominicales privadas en la capilla del monasterio Mater Ecclesiae tras su renuncia.

El padre Federico Lombardi, presidente de la Fundación Vaticana Joseph Ratzinger, explicó que existe una colección de homilías “privadas” de Benedicto XVI, grabadas y transcritas por las “Memores Domin”, las hermanas consagradas que vivieron con él.

La colección contiene más de treinta homilías, en italiano, de los años de su pontificado y más de cien de los primeros años después de su renuncia.

La homilía que sigue fue pronunciada para el cuarto domingo de Adviento, 22 de diciembre de 2013, y **está dedicada principalmente a la figura de san José**, presentada por el texto evangélico del día.

A continuación reproducimos parte del texto.

BENEDICTO XVI:

Queridos amigos:

San José ve al Ángel en sueños y escucha su mensaje. Esto supone una sensibilidad interior hacia Dios, una capacidad de percibir la voz de Dios, un don de discernimiento, que le hace capaz de discernir entre los sueños que son sueños y un verdadero encuentro con Dios.

Sólo porque San José estaba ya en camino hacia la Persona del Verbo, hacia el Señor, hacia el Salvador, pudo discernir; Dios pudo hablarle y él comprendió: Esto no es un sueño, es la verdad, es la aparición de su Ángel. Y así pudo discernir y decidir.

También es importante para nosotros esta sensibilidad a Dios, esta capacidad de percibir que Dios me habla, y esta capacidad de discernir. Por supuesto, Dios no nos habla normalmente como habló a través del Ángel a José, pero también tiene sus modos de hablarnos. Son gestos de la ternura de Dios que debemos percibir para encontrar alegría y consuelo; son palabras de invitación, de amor, incluso de petición en el encuentro con personas que sufren, que necesitan mi palabra o mi gesto concreto, una acción. Aquí hay que ser sensible, conocer la voz de Dios, comprender que ahora Dios me habla y responder.

La respuesta de San José a la palabra del Ángel es la fe y luego la obediencia que se cumple. Fe: comprendió que era realmente la voz de Dios, que no era un sueño. La fe se convierte en un fundamento sobre el que actuar, sobre el que vivir, es reconocer que es la voz de Dios; el imperativo del amor, que me guía por



San José y la Navidad

el camino de la vida; y luego hacer la Voluntad de Dios.

San José no era un soñador, aunque el sueño fue la puerta por la que Dios entró en su vida. Era un hombre práctico y sobrio, un hombre de decisión, capaz de organizarse. No fue fácil -creo- encontrar en Belén, porque no había sitio en las casas, el establo como lugar discreto y protegido y, a pesar de la pobreza, digno para el nacimiento del Salvador.

Organizar la huida a Egipto, encontrar un lugar donde dormir cada día, vivir durante mucho tiempo... todo ello exigía un hombre práctico, con sentido de la acción, con capacidad para responder a los desafíos, para encontrar formas de sobrevivir. Y luego, a su regreso, la decisión de volver a Nazaret, de fundar aquí la patria del Hijo de Dios, muestra también que era un hombre práctico, que como carpintero vivía y hacía posible la vida cotidiana.

Así, San José nos invita, por una parte, a este camino interior en la Palabra de Dios, a estar cada vez más cerca de la persona del Señor, pero al mismo tiempo nos invita a una vida sobria, al trabajo, al servicio cotidiano para cumplir con nuestro deber en el gran mosaico de la historia.

Demos gracias a Dios por la hermosa figura de San José. Oremos: “Señor, ayúdanos a abrirnos a Ti, a encontrar cada vez más tu rostro, a amarte, a encontrar el amor en la norma, a enraizarnos, a realizarnos en el amor.

Ábrenos al don del discernimiento, a la capacidad de escucharte y a la sobriedad de vivir según tu Voluntad y en nuestra vocación”. Amén

San Pedro Julián Eymard y San José



San Pedro Julián Eymard nació en La Mure d'Isère, diócesis de Grenoble (Francia), el 4 de febrero de 1811.

Fue primeramente sacerdote diocesano y después miembro de la Compañía de María. Fundó nuevas Congregaciones, una de clérigos y otra de mujeres, para fomentar y difundir la piedad hacia el Santísimo Sacramento ya que él fue toda su vida un Adorador eximio del Misterio Eucarístico.

Murió en la aldea La Mure en 1868, cerca de Grenoble, en Francia, donde había nacido.

Fue beatificado el 12 de julio de 1925 por el Papa Pío XI y canonización el 9 de diciembre de 1962 por el Papa San Juan XXIII.

En una de sus meditaciones escribe:

“Ciertamente, se podría llamar a San José el mártir de la vida oculta, porque nadie sufrió como él. ¿Pero, por qué tanta pena en su vida? Simplemente porque cuanto más santa es una persona, más debe sufrir por el amor y la gloria de Dios.

El sufrimiento es el florecimiento de la gracia de Dios en un alma y el triunfo del amor del alma por Dios. Por lo tanto, San José, el más grande de los santos después de María, sufrió más que todos los mártires.

La fuente de su sufrimiento radica en su profundo, tierno e iluminado amor por Jesús y en su veneración por la Virgen María.

Todos los elegidos deben subir la colina del Calvario, y sólo a través de las heridas de las manos y los pies (de Cristo) es como llegarán a su Corazón.

No se trata tanto de penitencia, sino de amor. La penitencia sólo paga una deuda, pero el amor va más allá y se crucifica con Jesús y por Jesús.

Por lo tanto, es cierto que cuanto más ama un alma, más sufre. Es por eso que el Calvario de San José duró treinta años sin respiro alguno.

Cuando fue honrado con la dignidad de ser padre adoptivo de Cristo, la cruz fue colocada en su corazón y él trabajó a su sombra el resto de su vida... San José previó las lágrimas y la tristeza de María; habría deseado quedarse a su lado, y debió haberle rogado a Jesús que le permitiera permanecer en la tierra para poder subir al Calvario y sostener a María.

¡Pobre de San José! Tuvo que someterse a la muerte y dejar atrás a Jesús y a María. A Jesús para ser crucificado y abandonado por su gente; a María, para sufrir sola sin ayuda.

¡De qué forma fue crucificado su amor por ellos...!”



Con razón
ERES AMADO
(Cant. 1,4)



Josefología

Eminentísima santidad de San José.

Sto. Tomás de Aquino dice: “A los que Dios elige para algo (para algún oficio, cargo o dignidad), de tal manera los prepara y los dispone, que se hallen idóneos para aquello para lo cual han sido escogidos”.

Coincide con San Bernardino de Sena: “Es regla general que todas las gracias singulares comunicadas a alguna criatura racional y que en todos los casos en que la Divina Gracia elige a alguien para alguna gracia singular, o para algún sublime estado, le dé todos los carismas que a aquella persona así escogida y a su oficio, le son necesarios, y aun los que le adornan y completan copiosamente”.

Ahora bien: San José fue elegido por Dios al altísimo oficio y cargo de ser verdadero esposo de la Madre de Dios, y de ser tenido por padre del Hijo de Dios, y aun de haberlo sido en verdad, en la forma que se expuso en el artículo anterior; en una palabra, fue elevado por Dios a la suprema economía de la Unión Hipostática, la cual dignidad supera en inmensa proporción a la dignidad de todos los demás santos. Se sigue, pues, por lógica consecuencia, que San José, adornado por Dios con todas las gracias que correspondían a tal oficio y dignidad, excede en santidad a los demás santos.

Este principio tan sólo fallaría si la divina elección no hubiese sido eficaz y si, además, San José no hubiese correspondido a la divina elección. Mas, ni lo uno ni lo otro sucedió en manera alguna, ya que la divina elección fue enteramente eficaz, porque su efecto se había de tener necesariamente según el eterno decreto de Dios. Y, además, San José respondió libre y perfectamente a la elección divina, como consta en el Evangelio.

Y, sigue diciendo San Bernardino de Sena: “Lo cual (es decir esta regla general) se verificó principalmente en San José... el cual fue elegido por el Eterno Padre para ser nutricio y custodio de sus principales Tesoros, es decir, de su Hijo y de la Esposa del mismo José...”

Se concluye, pues, que San José elegido a un estado de suma dignidad, adornado por Dios con todas las gracias que eran convenientes para tal estado, y habiendo correspondido fidelísima y generosísimamente a esas gracias, es preciso sea considerado como el mayor, el sumo de los santos.

(Del libro “San José en el canon y en el Concilio”. Francisco Segura, S.J.)

"San José, el más grande de los santos después de María, sufrió más que todos los mártires".

(San Pedro Julián Eymard)



Ejército Blanco



www.reinadodemaria.org

Síguenos en:

NSEradio
www.nseradio.com
www.nsetv.com



nsetvradio




@nseradio
@nsetv



nseradio
nsetv

Si lo deseas, puedes contribuir con un donativo a la difusión de El Josefino.

E-mail: revistaeljosefino@gmail.com

Colección completa en:

<https://reinadodemaria.org/categoria/el-josefino/>